

Prólogo: Franco Volpi, 1952-2009. La trágica muerte de un joven titán¹

Jean Grondin

¿Puede uno prepararse para la muerte? Heidegger dice que es posible, pero me parece estrictamente imposible ahora que ésta acaba de arrollar a un pensador tan joven y vigoroso como Franco Volpi. Atropellar, en el sentido más estúpidamente literal. Con apenas 57 años de edad, Franco ha sido mortal, brutalmente arrollado por un automóvil mientras se dedicaba a su gran pasión: la bicicleta.

Su otra pasión era la filosofía. La había aprendido cerca de los mejores maestros y la practicaba con una claridad magnífica. Alumno del gran aristotélico italiano E. Berti y de la gran escuela de Padua, donde era profesor, su genialidad consistió en entender muy pronto que el mayor aristotélico de su tiempo era Heidegger, de quien él ha sido uno de los traductores más rigurosos y más conocidos.

Franco comprendió antes que nadie y mostró hábilmente en su obra *Heidegger y Aristóteles* (1984) que *Ser y tiempo* era una reescritura de la *Ética a Nicómaco*. Para él, hacer filosofía no era solamente introducirse en el estudio de Heidegger; era afrontar sus

¹ Escrito el 17 de abril de 2009 y publicado en la versión digital del diario *Le devoir*. Traducción de Ludy Sanabria.

grandes preguntas, las del nihilismo y la pérdida de las referencias en la edad de la técnica, tal como éstas se formulan en nuestra actualidad.

Era corresponsal habitual de *La Repubblica* de Roma y su último artículo trató sobre unas recientes declaraciones del Papa sobre Nietzsche. «Aunque la vida no es bella —escribía el 10 de abril, y por Dios que es esto cierto hoy—, es a nosotros a quienes corresponde embellecerla. Uno de los problemas de la Iglesia actual es que la concesión de la felicidad se ha escapado de sus manos. Pero no es culpa de Nietzsche si la fuerza del Evangelio se desvanece y si la condición del hombre occidental está cada vez más paganizada.»

Sus preguntas y su sentido de la actualidad lo llevaron a realizar y a publicar apasionadas entrevistas con los grandes sabios de su tiempo, como Gadamer, Ernst Jünger (*Los titanes venideros*, Grasset, 1998) y Albert Hoffmann, el inventor del LSD (*El LSD y los años psicodélicos*, Payot, 2004). Se trataba siempre de pensadores nonagenarios, venerables y un poco reclusos, pero a los que Franco devolvía toda su juventud.

Él mismo era joven de espíritu y adoraba los engaños. Redomado especialista en Schopenhauer (de quien editó en francés *El Arte de ser feliz, explicado en 50 reglas de vida*, Seuil, 2001), publicó, con todo el rigor filológico preciso, un manuscrito que encontró en los Archivos de Schopenhauer en el que el maestro del pesimismo renegaba al final de su vida de toda su filosofía y se convertía... al optimismo.

Hasta el viejo Ernst Jünger se dejó atrapar, comentando en serio este texto en su diario. Cuando el engaño fue conocido, Jünger volvió a hablar de ello en el último tomo de su diario, felicitando a Franco por su gran golpe.

Políglota perfecto, fue profesor invitado en muchas de las grandes universidades de Francia, Alemania, América Latina y la Universidad Laval de Québec en 1989, donde a él le gustaba correr sobre las llanuras de Abraham. Yo nunca encontré un filósofo tan en forma ni un amigo tan fiel. Tenía el cuerpo de un hombre de 30 años, huía de la pequeña política y las disputas universitarias (una vergüenza para la filosofía). Su felicidad la encontraba en la confrontación con los grandes pensadores y encima de su bicicleta. Me

gusta pensar que murió entregándose a su pasión y enfrentando la vida. Sin embargo, esto es un consuelo muy pequeño hoy. La filosofía pierde a una de sus más grandes estrellas y a uno de sus más jóvenes titanes.

